

BIBLIOTECA  
*Los Grandes Films*  
DR  
La Novela Semanal Cinematográfica



LA  
HECHICERA

POR  
POLA NEGRI  
—  
50 cts.

OLCOTT, Sidney



BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

# La Hechicera

(THE CHARMER, 1925)

Sugestiva y excelente película,  
de ambiente nacional y ame-  
ricano, interpretada por

Pola Negri, Robert Frazer, etc.

©

Superproducción PARAMOUNT

DISTRIBUÍDA POR

SELECCINE, S. A.

# LA HECHICERA

## Argumento de la película

Prohibida la  
reproducción

*Revisado por la  
censura gubernativa*

J. Horta, impresor - Barcelona

Sentada en la escalerilla de su casita, una de esas casitas blancas de Andalucía, en cuyas rejas hay flores rojas, labios de grana y ojos de fuego, Mariposa daba su lección de inglés con el señor cura.

Cualquiera que no estuviese enterado de las ganitas que tenía Mariposa de correr mundo, no adivinaría que la morenaza, barbiana e irresistible mujer con ojos de mora y cuerpo de gitana, estudiaba con sus cinco sentidos el difícillo idioma de los sastres; y decimos "de los sastres" como hubiéramos podido decir "de los caseros", porque ambos son sinónimos de "ingleses".

El señor cura no podía estar ya más satisfecho de su alumna, por cuanto Mariposa resul-

taba un prodigo en materia de meterse en la sesera palabras raras que alternaba con palabritas dulces de la tierra de María Santísima. El inglés de la real moza era mucho mejor que el



*Sentada en la escalerilla de su casita, una de esas casitas blancas de Andalucía, Mariposa...*

mejor inglés, porque ella introducía en el que iba aprendiendo la nota simpática de frases impacientes de mujer que de pronto no se acuerda de lo que estaba diciendo, o de lo que iba a decir, o de cómo debe decir lo que iba a decir. Esas fra-

ses, desde luego, en el idioma tragón, muy parecido en apetito al francés... ¡porque hay que ver las terminaciones y las no terminaciones que se comen los naturales al pronunciar su léxico!

Los adelantos de Mariposa eran cada día más positivos. El buen cura se felicitaba de su éxito, y aquel día, asombrado de lo bien que le daba la lección la gentil discípula, le dijo:

—Hija mía, a ese paso, pronto vamos a tener que cambiar los papeles. Tú serás mi profesora y yo tu alumno.

—No se ría usted, padre Joaquín. A inglés no hay quien le gane. No le falta a usted, para confundirlo con un auténtico, más que un poco de estatura, para completar la que tiene, y un notable descenso de volumen de su depósito de víveres.

—Ya me extrañaba a mí que hoy no te metieras con mi físico central. Es una verdadera manía la tuya, y ya sabes que eso no está bien.

—Eso es lo que yo digo, padre Joaquín... Eso no está bien... Come usted demasiado...

—Niña... Niña...

—Eso es. Ríñame usted después de que le echo una flor.

—Bueno... Bueno... ¿Continuemos?

—Por mí, ya sabe usted que no dejaría este libro ni para dormir.

Mariposa entregóse de nuevo a la lectura de ejercicios en inglés, traduciéndolos luego lentamente, ayudando unas palabras a otras.

¿Qué se proponía Mariposa con el conocimiento del importante idioma?

Quería, acaso, dedicarse a traducir títulos de películas estadounienses?

¿Tal vez redactar cartas para solicitar de los más encumbrados artistas cinematográficos una fotografía dedicada?

Ni lo uno ni lo otro.

Mariposa era bailarina. A la sazón actuaba en el café popular que lindaba casi con su modesto hogar. Dicho establecimiento, por estar enclavado en uno de los más pintorescos barrios del vi llorrio, merecía, por curiosidad, el honor de ser visitado por numerosos forasteros, muchos de ellos extranjeros.

De un tiempo a aquella parte los periódicos y las gacetas artísticas hablaban de los éxitos de las cupletistas y bailarinas en tierras extrañas que les habían abierto los brazos como tierras de promisión.

Mariposa era muy humilde, pero no faltó quien le dijo que ella también podría triunfar, o, al menos, ganar mucho más dinero en Londres o en Nueva York.

El deseo de subir se fué apoderando de Ma-

riposa, y por si algún día se consideraba con la suficiente energía para levantar el vuelo, decidió aprender... y aprendía llena de ilusión...

—¿Qué le parece a usted, padre Joaquín? ¿Gustaría yo en el país de los "tentetieso"? — le preguntó un día al señor cura, antes de hablarme de su pretensión de aprender inglés.

—Tú gustarías en todas partes, hija mía — le respondió el santo varón—. Eres bonita y buena.

—¿De modo que si yo me marchase lejos de aquí, para ganarme mejor la vida, no sería criticada?

—¡Criticada! ¡Por qué? Tu profesión manda en ti. Tu profesión puede llevarte adonde sea preciso. Te hablo como amigo. Como sacerdote, te repito y te repetiré siempre, que, aunque tú seas buena, el ambiente en que vives es malsano

—No hay cuidado, padre Joaquín. No se peca si no se quiere pecar.

—A veces se peca inconscientemente... y el mal es irreparable.

—Eso no reza conmigo. Y no hablemos más de los peligros que me amenazan constantemente, según usted, padre Joaquín. Ahora lo que me interesa es algo que usted puede darme.

—Si no es dinero, hija mía...

—Al contrario; yo le daré dinero a usted.

—¿De qué se trata?

—Usted sabe inglés, ¿verdad?  
 —Regular... regular...  
 —Pues yo quiero aprender inglés.  
 —¡Que tú quieras aprender inglés!  
 —¡Yes! ¡Yes!

Y así fué cómo Mariposa y el señor cura convinieron en reunirse todos los días.

La señá Rita, madre de Mariposa, era una señora de peso. En sus buenos tiempos, de los que conservaba aún excelentes recuerdos, debió ser una hermosura sin par. En ello, ahora, se le parecía la hija. Pero con los años el tipo fué adquiriendo mayor diámetro, y no sin razón las vecinas evitaban siempre la menor disputa con la forzuda señá Rita, pues ésta era capaz de amedrentar de un gesto al más sereno vigilante.

Ahora bien, como mujer de corazón, la señá Rita podía poner cátedra. Indudablemente, el órgano vital estaba en relación con el resto de su persona. Era muy grande. Nunca un mendigo acercóse a ella sin que ella le diese nada. Nunca un amigo triste dejó de encontrar consuelo en su noble pecho.

Mariposa y la señá Rita se querían a quien más. Pena o alegría que tenía la niña, pena o alegría que experimentaba la otra niña... la niña de la bola... de la bola de cien kilos.

Las dos mujeres vivían solas y felices como

dos pájaros libres. Una y otra eran solteras; es decir, como solteras: Mariposa no había tenido aún marido, y la señá Rita, si bien lo tuvo, lo perdió, no precisamente jugando al tute, sino de una chispa... de una chispa de alcohol de 90 grados y un pico... el pico para enterrarlo.

En el simpático barrio, madre e hija eran tomadas por modelo de familia, y si unos las querían mucho, otros las querían más. La niña, la solterita, no tendría más que decir "sí" para que se la disputasen para casarse todos los mocitos del cuartel de la otra calle, los tenderos y sus respectivos horteras, y hasta el guardia de punto... si no fuese tan viejo y no le tuvieran tan echada la vista encima los vendedores ambulantes.

La otra niña, la viuda alegre, alegre porque era feliz, tenía asimismo muchos partidos, pero ella, con sin igual sensatez, se decía que un partido no va a ninguna parte y que era cien veces preferable quedar sola y *entera*.

Aquel día, mientras Mariposa y el padre Joaquín dábanle que le daban a los ejercicios de inglés, Pablo, el propietario del café donde trabajaba nuestra simpática bailarina, asomóse al quicio de su establecimiento y llamó a ésta.

—¡Eh, Mariposa! Sería conveniente que ensayáramos los pasos del nuevo baile. "El Segui-

dillas" está aquí y te acompañará con la guitarra.

—Allá voy, *señó* Pablo — respondió Mariposa.

El padre Joaquín despidióse de su alumna, hasta el día siguiente, y Mariposa entró en el café, donde el *tocaor* denominado "El Seguidillas" rasgueaba con brío las cuerdas de un instrumento que si no tuviera otro nombre podría llamarse de "la España del sol que quema y de las mujeres de los ojos que matan".

Mariposa, apenas en el café, colocóse unas castañuelas en ambas palmas de sus manos, y al compás de la música que el *tocaor* arrancaba a la guitarra, punteó con donaire el baile castizo, a veces retador y a veces humilde; símbolo de la raza...

En aquellos momentos un magnífico automóvil alborotaba la paz de la calle con sus bocinazos para abrirse fácilmente el paso hasta el café del *señó* Pablo.

Detúvose el coche ante el establecimiento, y, presa de curiosidad, Mariposa acercóse a la ventana, viendo desde su observatorio lo que todos los que mirasen podían ver.

En el automóvil iban cuatro distinguidos turistas. Eran éstos: la señora Herbert Craighton Bayne, que viajaba por placer y se aburría;

Ralph, su hijo; Otis Sedgwick, un invitado de los Bayne; y Berta, esposa de Otis, la cual se casó con éste por su fortuna, pero que en materia de amor prefería a Ralph.

El coche lo guiaba alguien, y éste no era precisamente Ralph o el esposo de Berta, sino Daniel Murray, un *chauffeur* que, según la señora Bayne, no tenía precio. No se refería la señora Bayne a que Daniel no era un *chauffeur* de taxi, por lo del precio, sino a que como conductor de su coche particular era inimitable, por sus conocimientos mecánicos, su educación y su buen tipo.

Los turistas no tenían la intención de visitar el café del *señó* Pablo, pero ocurrió que Daniel tuvo precisión de hacer provisión de gasolina y agua.

—Los señores preferirán, sin duda, aguardar a que esté listo tomando un refresco en ese café.

—¿Tardará usted mucho, Murray? — preguntó la señora Bayne.

—Estaré listo cuando los señores salgan.

Mariposa había visto con placer a los extranjeros, pero fijóse especialmente en el *chauffeur*; y mientras los señores entraban en el establecimiento, ella, sin hacer caso de las advertencias del *señó* Pablo para que continuase ensayando

el baile, salió a la calle, deteniéndose junto al muro lateral del café, comiendo una granada.

Daniel había desaparecido y volvía a aparecer con un empleado del puesto de venta de gasolina y aceites que se hallaba a pocos pasos del café, y se dispuso a llenar de agua el radiador y de gasolina el depósito.

Los señores, en el café, tomaban un refresco sin sospechar la conquista que estaba haciendo el *chauffeur*.

¿Conquista?

Conquista, sí. ¡Mariposa miraba a Daniel como si quisiera "acariciarle" entre sus dientes como "acariciaba" la granada.

La bailarina no había visto en su vida, y había visto a muchos, ningún muchacho tan simpático y tan varón como Daniel. Además, el desconocido *chauffeur* tenía una ventaja especial sobre los demás: la de ser extranjero, americano, por añadidura.

Flechada por Cupido, Mariposa no apartó su vista de Daniel ni cuando éste, levantando los ojos por pura casualidad, del radiador, cruzó sus miradas con las de ella.

—¡Caramba, qué mujer! — exclamó, en inglés, el agradable mozo.

Mariposa seguía comiendo la granada y mirando a Daniel, hasta desconcertarlo.

Daniel correspondía, sin saber lo que le pasaba, a las sonrisas de Mariposa, y era tal su azoramiento, que el radiador estaba lleno hasta allí de agua y aun seguía llenándolo.

Mariposa le hizo una seña al tiempo que reaparecían los señores.

—¡Que eso ya está *colmao*, señor americano!

—Pues es verdad! — dijo Daniel volviendo a la realidad.

Apresuradamente, encantado con la aventura tan lindamente brindada por Mariposa, Daniel aflojó un tornillo del escape de gas, y mientras la calle se llenaba de humo irrespirable, dijo a los señores:

—Hay una pequeña avería. Creo que aquí habrá lo necesario para arreglarla, pues es mi opinión que, por si surgiese algún imprevisto desagradable, decidan ustedes pasar la noche aquí.

Los turistas no estaban satisfechos de la proposición de Daniel, pero en vista de que era imposible reanudar el viaje, se arriesgaron, buscando acomodo en la casa de comidas inmediata al café.

Daniel guiñó el ojo a Mariposa.

—¿Qué le parece a usted, serrana: sé o no sé engañar a mis señores por el placer de no per-

der a usted de vista tan pronto? — le decía con una sonrisa que era todo un poema.

Mariposa se acercó a Daniel como si le conociera de toda la vida, y hablaron confiadamente.

—¿Cómo está usted, señor americano? — preguntó la bailarina al *chauffeur*, en inglés más o menos inglés.

—¡Oh! ¿Usted habla inglés?

—Con más voluntad que acierto, sí, señor.

—¡Esto es sencillamente maravilloso! ¡Una andaluza de pura cepa hablando inglés!

—No se ría, que eso es muy serio. Yo quiero aprender inglés.

—Me brindo de mil amores para maestro.

—¿Usted? ¿De veras? Pues no hace. Perderíamos el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque una mujer no se enamora de un profesor neurasténico, con perilla y gorrillo de maestro nacional; pero sí de un *chauffeur* como usted. ¡Jesús, qué revolución armaría en esta tierra si todos los mocitos que empuñan el volante con el cartelito de "Libre" fueran como el que tengo delante!

—¿Los echarían?

—Nos echaríamos todas debajo de las ruedas, para que los "causantes" de las desgracias nos tomasen en sus brazos.

—¿Se ríe usted de mí?

—¿Quiere usted un poco de granada?

—Muchas gracias...

—Tenga. Es dulcísima.



—¿Quiere usted un poco de granada?

—Como usted.

—¿Me ha mirado usted bien?

—Si lo hiciera más, palabra que cegaría. Tiene usted unos ojos que son brasas.

—¡Ay, Jesús, qué malitos son ustedes los americanos!

—Usted debe de ser... cigarrera, ¿verdad?

—¡Qué tonto! Me tomó usted por Carmen... y no lo soy ni me parezco ni tanto así.

—Es usted más bonita.

—¿Conoció usted a Carmen?

—No, pero es igual. Conocí a una Lolita... y usted se llama... se llama...

—Mire usted hacia ese cartel. ¿Qué lee usted en él?

—“Mariposa”. “Esta noche”. ¿Es una bailarina? Pero... ¿es usted? El dibujo se parece mucho a usted.

—Soy yo, naturalmente.

—¿Es usted bailarina?

—Para servir a usted, señor americano.

—Muy bien... muy bien...

—Venga a verme bailar esta noche.

—Ya lo creo. ¿Por quién sigo yo aquí sino por usted?

La señá Rita llenaba un jarro en la fuente de la plazoleta.

—Oiga usted, madre.

—¿Qué quieres, niña?

—Le presento a un americanito que es más simpático que un duro auténtico. Es *chauffeur*, pero no lo parece, porque es más señor que sus señores.

—Celebro conocerle, joven...

—¿Qué dice la señora, Mariposa?

—Es mi madre. Está muy contenta de que usted cene con nosotros.

—¿Me invitan ustedes a cenar?

—¿Se atreverá a rehusar?

—No sé si los señores...

—No se preocupe. Ellos comerán en la posada contigua al café, y entretanto usted come con nosotros.

—¿Viven ustedes solas?

—Solas... pero con mucha ilusión, que es la mejor compañía.

—En este mundo quien no es feliz es porque no quiere. Así cuentan que opinan ustedes.

—En el extranjero se cuentan mil barbaridades acerca de nosotros; pero lo que usted acaba de decir es verdad. El que se contenta con lo poco que tiene y suple el resto con buena cara, es dichoso. De modo que cena usted con nosotros, ¿eh?

—Si ustedes se empeñan...

—No sé si le gustará la comida...

—No pase apuros por mí.

—Aquí no nos apuramos nunca. ¿Le gusta a usted el jamón serrano?

—¿Serrano? ¿Me ha llamado usted serrano, serrana?

—Me refería al jamón.

—¡Ah! Vamos...

\*\*

Daniel cenó con Mariposa y su madre, que, como la hija, le miraba con buenos ojos. Indiscutiblemente, el joven lo merecía. Si él no había tenido mal gusto fijándose en Mariposa, Mariposa no había tenido mal gusto fijándose en él.

Después de cenar, Daniel volvió a su coche, fingiendo entregarse a la reparación de la avería que él provocara. Como la noche se le echó encima y las luces artificiales no le ayudaban eficazmente — eso era otra mentira —, decidió dejar para el amanecer dicha reparación. Así podría asistir a la fiesta que se daba en el café y en la que bailaría Mariposa.

Los señores, después de cenar, se dirigieron al café en cuestión, por ser el único sitio de diversión del lugar.

Entre la concurrencia hallábase otro americano. Llamábase Alejandro Sprotti, era empre-

sario de Nueva York y su especialidad consistía en descubrir talentos artísticos en los rincones de Europa.

Daniel entró en el café poco después de hacerlo sus señores.

Al ver al apuesto *chauffeur*, Mariposa, desde el tablado, al fondo del cual estaba sentada, esperando su turno, acompañada de su madre, que tocaba las castañuelas cuando ella bailaba, le sonrió con toda su alma, acariciándole además con el fuego de sus miradas.

Ralph creyó por un momento que esas sonrisas y esas miradas iban destinadas a él, pero al volverse hacia la puerta de la calle descubrió a Daniel y dibujóse en su rostro una mueca de sorpresa.

Daniel cesó de sonreír mientras su señor le miraba, y reanudó sus demostraciones de alegría cuando, al disponérse Mariposa a bailar, Ralph cesó de volverse hacia él, para no ocuparse más que de ella.

Mariposa bailó estupendamente. Su cuerpo parecía de junco, y presos en las redes de su arte y de su belleza, los parroquianos la jaleaban.

Ralph no gritaba, pero su sangre hervía en sus venas ante la tentadora mujer.

Al terminar el baile, Mariposa hubo de saludar repetidas veces a la concurrencia, y Ralph,

levantando una copa en alto, brindó por ella.

Berta, celosa, pujóle del faldón de la americana; pero fué inútil.

—A la salud de la mujer bella entre las bellas — brindó el americano.



*Mariposa correspondió a la galantería del extranjero entregándole una flor.*

Berta mordióse los labios con ira.

Mariposa, coquetuela como toda mujer, aceptó el brindis y correspondió a la galantería del extranjero entregándole una flor.

Daniel no sonrió precisamente ante el gesto de

su señor y el de Mariposa, porque conocía al primero y temía que la segunda fuese tan incauta que le hiciera caso.

Berta ofendióse sobremanera; y antes que cometer una torpeza en el café, de continuar Mariposa recibiendo atenciones de Ralph, provocó la salida.

—Este humo me ahoga. ¿No sería mejor marcharnos?

—Como quieras, Berta — respondió Otis, su marido.

—Sí, sí, Berta — dijo la señora Bayne.

Ralph no dijo nada. Pero hubo de seguir a los demás, y si hubo alguien que celebró la separación de Ralph de la proximidad de Mariposa, Daniel se le sumó con gran alivio personal.

Entre otros obsequios, Mariposa había recibido uno, consistente en una caja de bombones de exquisito gusto.

—¿Quién me regala esto? — preguntó al señor Pablo.

—Un señor que desea hablar contigo, Mariposa. Mírale.

El aludido se acercó a ellos. Era el empresario neoyorquino.

—Este señor es empresario, Mariposa, y dice que no es la primera vez que te ve trabajar, porque ya te había visto... en imaginación.

—¿A mí?

—Es usted una artista completa, señorita, y mi gusto sería que usted aceptase un contrato para que yo la presentase en Norte América.



—No, no. No iría a Norte América por nada del mundo.

—¡Norte América!

—Sí, con buen sueldo, se lo prometo.

—No, no. No iría a Norte América por nada del mundo. No quiero tener tratos con esos endemoniados pielrojas.

—Pero...

Mariposa acababa de ver en el respaldo de la silla que ocupara Ralph; la gorra de éste, y, con la caja de bombones debajo del brazo, apoderóse de dicha gorra y salió del café para ver si todavía daba alcance al rico americano.

Ralph coincidía con el pensamiento de Mariposa, pues retrocedía hacia el café para recoger su gorra intencionadamente olvidada.

Berta, su esposo y la señora Bayne entraron en la posada, mientras Ralph se reunía con Mariposa.

—¡Oh! Muchas gracias, señorita. Siento haberla molestado...

—No es molestia. Vi su gorra y...

—Eso no lo habrían hecho todas las mujeres.

—¿Por qué no?

—Eso no lo hacen más que las mujeres hermosas como usted y que desean que un hombre les diga que haría cualquier locura por ellas. ¡Es usted irresistible!

—¡Quietecito! Esos labios me parecen muy atrevidos.

Ralph había querido besar a Mariposa, mas ésta se lo impidió poniéndole sobre la boca su propia gorra.

Daniel, desconcertado por la coquetería de Ma-

riposa, contemplaba la escena desde el otro lado de la calle.

Ralph insistió con vehemencia en el asedio de la bailarina.



Ralph había querido besar a Mariposa, mas ésta se lo impidió poniéndole sobre la boca su propia gorra.

—Si usted viniera a Nueva York tendría un gran éxito.

—¿Usted cree? Tal vez vaya algún día...

—No sabe usted lo que pagaría por verla...

Yo, con mis relaciones, podría ayudar a usted mucho.

—Lo tendré en cuenta.

Berta y la señora Bayne, de la que aquélla se hizo acompañar para no revelar su interés por Ralph, descubría en aquellos momentos, desde un balcón de la posada, al soltero con la bailarina; y comida de celos, dijo la primera:

—Ese Ralph es incorregible. Por su gusto se convertiría en protector de todas las artistas jóvenes y agradables a la vista. Mire usted cómo trata de convencer a esa bobalicona con patillas. Claro que a mí no me interesa lo que Ralph haga... pero es su hija, señora, y ya que conoce usted su flaco; me parece oportuno indicarle que mañana a primera hora deberíamos marcharnos de aquí. Avíselo usted, y asimismo al *chauffeur*, para que tome cuantas disposiciones sean necesarias.

—Sí, sí... Mañana partiremos.

De buena gana, aun a trueque de imponerse un sufrimiento atroz, porque su amor por Ralph no era simple capricho... Berta hubiese seguido en el balcón contemplando a la pareja hablándose en la calle; pero hubo de apartarse del mismo para volver a las habitaciones con la señora Bayne.

Mariposa acababa de ver en la sombra a Da-

niel, y antes de que éste tuviera tiempo de escapar, le llamó, importándole poco a ella que Ralph extrañase la amistad que la unía al *chauffeur*.

—¿Por qué no venía usted, Daniel?

Ralph miraba con severidad a su *chauffeur*.

—Estaba... estaba en la posada...

Mariposa le guiñó el ojo y abriendo la caja de bombones ofreciéole algunos, así como a Ralph.

Daniel, cortado por la presencia de su señor, no se atrevió a tocar el contenido de la caja.

—Pero ¿qué hace usted, Daniel? Coja usted al menos un par de bombones.

Daniel no varió de conducta, pues Ralph redoblaba sus miradas de hostilidad; y enojada, Mariposa le insultó:

—¡Grosero! Los hombres no rechazan lo que Mariposa ofrece.

Ralph sonreía, y abusando de su superioridad, dijo al *chauffeur*:

—Vaya usted a ver si mi madre necesita algo.

Mariposa indignóse más, esta vez interiormente, contra Daniel, porque Ralph mandaba en él de tal suerte, y apenas le vió desaparecer, entregóse de nuevo a coquetear con el rico soltero, como si acabara de elegir entre los dos, optando por quedarse, entre el pobre y el opulento, con el último.

La madre de Mariposa apareció a poco, procedente del café, y la amante hija la llamó.

—Ven, mamá. El señor Bayne me está expli-



—El señor Bayne me está explicando las maravillas de Nueva York.

cando las maravillas de Nueva York. Iremos algún día, ¿verdad?

—Si no es para una cosa segura, muy segura... no debemos movernos nunca de aquí. ¿El señor es uno de esos señores que contratan para el extranjero?

—No, señora... Yo no soy más que un ad-

mirador de su hija... y mi consejo es que vayan ustedes a Nueva York.

—Ya veremos... ya veremos... Si los tiempos cambian...

—Bueno, señor Bayne... buenas noches...

—Buenas noches...

Separáronse la señá Rita y Mariposa de Ralph, y éste quedó renegando de las suegras, porque — se complacía en suponerlo — sin la presencia de la señá Rita, Mariposa habría seguido a su lado... y hablando, hablando...

\*\*

Unos días después, Mariposa, después de su despedida del público del café del señó Pablo, recibía en su casa a éste, al notario, al señor cura y al empresario de Nueva York, Alejandro Sprotti.

Firmábase aquella noche el contrato por el que Mariposa aceptaba que Sprotti la lanzase en los mejores teatros, una vez aleccionada por él.

El empresario se comprometía a pagar todos los gastos de Mariposa y su madre hasta que debutase en Nueva York.

Mariposa estaba loca de contento. ¿Por qué no le habían dicho antes que Nueva York estaba "tan cerca" de Norte América? ¡Ah! De haberlo sabido aquella noche en que conoció a Daniel y Ralph, seguramente hubiese embarcado hacia Nueva York en el mismo vapor que ellos.

Ahora que sabía que Norte América y Nueva York se daban las manos, tenía prisa por marcharse.

Y la salida tuvo efecto un buen día... bueno para Mariposa, llena de ilusión... malo para los que la perdían, tal vez para siempre.

El señor cura la abrumó de consejos.

—Mira lo que haces, hija mía. El éxito es un veneno. No pretendas otra cosa que ganar honradamente tu vida para regresar cuanto antes a tu patria, comprarte una casita... y crear un hogar, humildemente, al lado de tu madre.

La señá Rita era feliz y no lo era. Lo fué hasta que, por tierra, llegó al muelle donde esperaba el magnífico trasatlántico que debía conducirla con su hija y el empresario a la tierra de promisión. Apenas a bordo perdió el mundo de vista... el suyo, desde luego... sin duda porque iba hacia el otro... el nuevo...

El empresario se había convertido en perrillo de madre e hija, para protegerlas y animarlas. Pero fué inútil cuanto hizo el buen hombre para consolar a las dos mujeres cuando el barco levó el ancla enfilando la proa hacia lo ignoto para ellas.

¡Oh! ¡Abandonar los cielos queridos, las noches estrelladas!

—En Norte América también hay cielo azul y noches con estrellas.

—No, no... Como aquí no los hay en ninguna parte... — murmuraba Mariposa—. No los

puede haber... No se puede pedir más hermosura...

Y los corazones de madre e hija se encogían



¡Oh! ¡Abandonar los cielos queridos, las noches estrelladas!

de temor... de temor a perder lo más bello... la felicidad bajo un cielo de amor...

Pero lo peor del viaje fué el mareo. ¡Dios santo! La señá Rita pedía a gritos que la volviesen a su tierruca, y Mariposa, dirigiéndose muy decidida al capitán del buque, le dijo:

—Oiga usted, por favor, señor comandante: ¿no hay manera de ir a pie a Nueva York?

—No se apure, señorita... El mes que viene inauguramos un tranvía subterráneo, un "Metro", ¿sabe usted?

Unos días después, más acostumbradas ya Mariposa y la señá Rita al vaivén del barco, Nueva York se les echó encima como un dragón invencible.

—Señor Sprotti — dijo Mariposa al empresario —, ¿ya está usted seguro de que estas casas no nos caerán encima?

—No hay cuidado, señorita. Son sólidas.

—No nos será posible encontrar al señor Bayne, ¿verdad? ¡Hay tanta casa aquí!

—¿No tiene usted la dirección de ese señor?

—¿Su dirección? No se me ocurrió pedírsela.

—Entonces...

—¡Me gustaría tanto encontrarle! ¡Qué contento se pondría!

—¿Quién, hija mía? — inquirió la señá Rita.

—El señor Bayne, ese rico americano que me habló de Nueva York y que se interesaba tanto por mí.

—Creía que te acordabas más del *chauffeur*.

—Encontrando al uno... encontraré al otro...

—Es verdad... En el caso de que Daniel siga al servicio de esos americanos...

—Desde luego... y no creo que haya habido motivo para despedirlo... o prescindir de él...

El momento del desembarco sonó media hora después. La señá Rita saltó a tierra con una jaula y un loro, y Mariposa con una cabritilla; y poco después llegaron, acompañadas siempre por el empresario, al Hotel Briggs, pensión modesta para transeuntes y artistas.

El encargado del hotel, un hombre más alto que Colón en su monumento de Barcelona, quedó pasmado ante la visión celestial de la nueva clienta. ¡Qué mujer!

—¿Quieren hacer el favor de firmar, señoras? —rogóles el citado hombre-percha.

Mariposa firmó por ella y por su madre, y mientras tal cosa hacía, miraba con sus ojos que enloquecían, al repetido gerente, coqueteando con él, convencida de que una mirada a tiempo a un hombre puede servir de mucho.

La subida al piso, en ascensor, fué causa de un nuevo susto de la señá Rita, que creyó que iba a ahogarse.

¡Ya estaba Mariposa instalada en Nueva York!

¿Triunfaría?

Sprotti dió comienzo sin dilación a las lecciones de baile. Corriendo como corría con todos los gastos, al empresario le interesaba hacer debutar pronto a su protegida, para cobrarse lo desem-

bolsado y la comisión en pago de sus servicios como descubridor de "estrellas". El arte de Mariposa era tan distinto, por su temperamento me-



*Mariposa firmó por ella y por su madre, y mientras tal cosa hacía, miraba con sus ojos que enloquecían, al gerente...*

ridional, del de la mayoría de las bailarinas que desfilaran por los escenarios neoyorquinos, que no le parecía al viejo hombre de teatro una temeridad abrigar risueñas esperanzas respecto a la nueva artista.

Pero ya que estamos en Nueva York, ocupé-

monos un poco de Ralph y Berta, los amigos que se querían tanto, que para que su amor no tuviese testigos lo escondían en la *garçonne* que



*Sprotti dió comienzo sin dilación a las lecciones de baile.*

Ralph tenía en la ciudad para cobijo de sus aventuras galantes, y que él llamaba con fatuidad "estudio".

Las visitas de Berta a la *garçonne* eran frecuentes. Berta estaba loca por Ralph y no media siquiera un poco los pasos que daba y que la conducirían inevitablemente al deshonor.

Porque Ralph, lejos de sentir por Berta un amor sincero, la toleraba únicamente como pasatiempo, y ya empezaba a sentirse hastiado de ella.

Berta, en cambio, no podía sufrir que Ralph mirase a ninguna otra mujer, aun yendo ella en compañía de su marido, sin pensar en que el verlos siempre juntos en reuniones y teatros, con su madre él, y con Otis ella, podía levantar sospechas de que la gran amistad que unía a las dos familias tenía un lazo que quería ocultarse pero que se ponía de manifiesto continuamente.

El deseo de Berta era conseguir que Ralph la hiciera divorciar de Otis; mas lejos estaba aquél de complacerla, aunque no se lo decía claramente, sino dando largas al asunto.

—¿Cuándo, al venir yo a tu estudio, podré decirte que vengo a recogerte para regresar a nuestra casa, Ralph? — le dijo ella la última vez que le visitó en la *garçonne*.

—Espera, Berta, espera... No es éste el mejor momento de pensar en ello... Continuemos así... ¿No eres feliz?...

—Como tú quieras, Ralph... Pero temo... Quisiera poder presentarme como tuya delante de todo el mundo, orgullosa de que me vieran dichosa prendida de tu brazo y a ti orgulloso de mi amor.

—Ya lo sé, Berta, ya lo sé... pero debemos aguardar... Paciencia, paciencia...

Y así, con idénticas o parecidas palabras, Ralph declinaba el hablar en serio...

\*\*

Las lecciones de Sprotti fueron muy bien aprovechadas por Mariposa, que pronto estuvo en condiciones de presentarse ante el más distinguido público neoyorquino.

El debut fué anunciado en el teatro en que se representaban las mejores revistas, para seis funciones únicamente.

Al debut, como guiados por la mano del Destino, asistieron, en su palco, las dos familias amigas y conocidas de nosotros; es decir, la señora Bayne y Ralph, y Otis y Berta.

Los bailes que presentó Mariposa fueron muy bien acogidos por la selecta concurrencia, principalmente la danza de "La Hechicera" delante de un despótico guerrero oriental, para la ejecu-

ción de la cual se requerían la fragilidad de Mariposa y su temperamento fogoso.

La ovación que se ganó al final del primer acto fué unánime y merecida.

Ralph y Berta también batieron palmas, deseando volver a ver, en el segundo acto, a la gran bailarina; pero de súbito Berta vió como Ralph miraba insistenteamente a la artista, y a su vez le imitó, reconociendo a Mariposa.

—¡Pero si es Mariposa! ¡La bailarina que vimos en España! — exclamó el soltero.

Berta, fingiendo aburrirse con el espectáculo de arte, dijo:

—Estoy segura de que el segundo acto no se diferenciará en nada del primero. ¿No creen ustedes que será mejor que regresemos a casa a jugar al *bridge*?

La señora Bayne, que no estaba dispuesta a que su hijo se encaprichase por Mariposa, se asoció sin reservas a la idea de Berta.

Otis, naturalmente, tratándose de complacer a su mujercita, accedió de buen grado a marcharse.

Ralph no era de la misma opinión.

—Pero, mamá, no encontraremos el coche. He dicho a Daniel que nos esperase al final de la función y que entrase a ver el espectáculo.

Berta le atajó rápidamente:

—No importa. El nuestro basta para los cuatro, y con dejar una nota a Daniel para que al terminar la función regrese solo al garage...

Ralph no pudo protestar. Sin embargo, Berta se ganó una mirada que era un duro reproche.

Regresaron todos a casa de la infiel esposa, pero Ralph, a pesar de todo, sabría encontrar un pretexto para escabullirse cuando le conviniiese.

Cuando la función tocó a su término, al igual que en el primer acto, Mariposa fué colmada de flores y obsequios. El empresario la felicitó calorosamente en su camarín, que parecía un jardín florido.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! La fortuna es nuestra, hija mía. Seis funciones que serán seis llenazos a precios extraordinarios, y el segundo contrato no se hará esperar ni una hora. Esto es tener suerte.

—¿Dónde está mi madre?

—Por ahí anda recibiendo felicitaciones... y tarjetas de admiradores que desean llegar hasta aquí.

—Sí, ¿eh? Ya sabe usted que no quiero amigos de ninguna clase; que deseo vivir en paz.

—Debe usted amoldarse a las circunstancias. No estará de más que frecuente los salones... y

el medio para ello es relacionarse con los admiradores de postín.

—¡He dicho que no!



—La fortuna es nuestra, hija mía. Esto es tener suerte.

La señá Rita, a la que ni su abuela reconocería bajo la indumentaria de gran señora, entró en el camarín.

—¡Hija de mi alma! ¡Qué triunfo! ¡Cómo bailaste! ¡Si te vieras el señó Pablo! ¡Abraza a tu madre, tesoro mío!

Las dos mujeres se estrecharon con inmenso cariño entre sus brazos.

—Ahí fuera hay cuatro señoritings que quieren verte. No he querido que entrasen. No debemos fiarnos de la gente que no conocemos, ¿verdad, hija mía?

—Sean ustedes razonables, señoras — intervino el empresario.

—Usted se calla! — interrumpió Mariposa.

—Lo digo por su bien...

—Sí, ¿verdad? Pues mire usted: ahora nos vamos a cenar mamá, usted y yo. Usted se encarga de llevar a Teresita, mi cabritilla, y que nadie se acerque a nosotros, porque no quiero que nadie más nos acompañe. ¿Entendidos?

—Bueno, bueno... No se enoje usted, Mariposa.

—Y si no me obedece usted, regreso a España, y ahí queda eso.

—Basta, basta! Aquí no manda nadie más que usted.

Mariposa arreglóse prestamente y a poco salió con su madre y el empresario.

Fuera, Daniel acababa de leer el papel que en el coche le dejara Ralph al marcharse con su

madre, Berta y Otis. Decía que volvían a casa.

—¡La casualidad ha venido en mi ayuda! — exclamó para sus adentros al enterarse de que no debía esperar a los señores.



—...y que nadie se acerque a nosotros, porque no quiero que nadie más nos acompañe. ¡Entendidos?

Estaba extraordinariamente agitado. ¿Cómo no, si cuando Mariposa saludó al público él la había reconocido? ¡Qué salto le dió el corazón en el pecho! ¡Ella! ¡Ella! ¡La mujer que le miró aque-

lla noche con amor y que él no había podido olvidar desde entonces!

Mariposa se hallaba ya en el patio del escenario, y vió bruscamente a Daniel esperándola.

La sorpresa de la artista fué inenarrable.

—¡Daniel! ¡Daniel! — gritó corriendo hacia él y arrojándose en sus brazos, besándole en los labios con pasión.

Daniel no sabía si estaba despierto o si continuaba soñando con Mariposa. Pero los besos no eran falsos, y a su vez besó con frenesí.

—¡Qué algería, Daniel!

—¡Mariposa! ¡Esto parece un milagro! Cuando la reconocí en escena me acometieron locos deseos de gritar su nombre, de mostrarme a usted, de decirle que ardía en deseos de verla y que al fin me había usted escuchado.

—¡No iba a escucharle, Daniel! Yo no olvido nunca a los buenos amigos.

Daniel y Mariposa no podían ser más dichosos.

El empresario y la señá Rita asistían, aquél con asombro y ésta con simpatía, porque el *chauffeur* le gustaba y no lo despreciaría como yerno, a la tierna escena.

Súbitamente, Mariposa recibió una nueva sorpresa.

—¡Oh, señor Bayne!

Daniel volvióse rápidamente y vió tras de sí a Ralph.

Mariposa separóse del *chauffeur* y saludó calorosamente al rico soltero, sin llegar a besarla, como él hubiera deseado.

—La vi a usted en sus creaciones. ¡Estuvo usted hecha una eminencia! No encuentro palabras para alabar su arte. Y he de decirle muchas cosas. ¿Quiere usted que cenemos juntos?

—Con mucho gusto. Mi madre y el señor Sprotti nos acompañarán.

Daniel se apartó discretamente al llegar Ralph. Este hizo una seña al *chauffeur*, que desapareció hacia la salida, abriéndose paso entre la gente que esperaba a la artista. Iba a preparar el coche.

Ralph sospechaba que a Daniel le interesaba más de la cuenta Mariposa, y abusando de su condición de señor quería demostrarle que existía enorme distancia entre lo que puede alcanzar un humilde y un rico, respectivamente. Si Mariposa brindaba generosamente su amistad a Daniel, era porque Daniel era, precisamente, su *chauffeur* — pensaba Ralph. Es decir, viendo a Daniel, Mariposa se acordaba de Ralph — supónía éste.

La verdad era difícil de conocer, pues si Mariposa tuvo alegría al ver a Daniel, también la

tuvo al ver a Ralph. ¿Qué enigma encerraba el corazón de la artista?

Y el caso fué que Mariposa aceptó ir a cenar con Ralph.

Subió con él al coche, guiado por Daniel, quedando en tierra, por haber mandado Ralph al *chauffeur* que partiese apenas ellos estuvieran en el *auto*, la señá Rita y el empresario, que subieron en otro coche.

Ralph, espiado por Daniel desde el espejo colocado en la parte delantera del coche, galanteaba a Mariposa, y como veía que el *chauffeur* lo estaba vigilando, redoblaba sus galanteos.

Mariposa vió también a Daniel devorándola con los ojos en el espejo, y sonreía, mandándole, una de las veces que se cruzaron sus miradas, un beso.

¿Qué juego era el de Mariposa?

Ralph estaba convencido de que la artista caería en sus brazos cuando él quisiera, y empezó el ataque en el *auto*. Intentó apagar la luz para besarla y continuar el paseo por el Parque, encargado a Daniel antes de ir a cenar; pero Mariposa, alumbrando de nuevo el coche, le llamó al orden.

—Quietecito. Tiene usted las manos muy largas... y usted se equivoca conmigo.

Esta vez Daniel no pudo menos de sonreír.

Y aquella noche no pasó nada más...

Fueron sucediéndose los días, y Ralph, cada vez más enamorado de Mariposa, no la dejaba a sol ni a sombra.



*Ralph, cada vez más enamorado de Mariposa, no la dejaba a sol ni a sombra.*

Daniel también veía a la artista, puesto que acompañaba a su señor, y su desconcierto iba en aumento ante las atenciones que ella dispensaba a Ralph y lo cariñosa que se portaba siempre con él, Daniel.

Las asiduidades de Ralph con la bailarina llegaron a conocimiento de la señora Bayne, por obra y gracia de Berta, y una tarde las dos mujeres hablaron del caso.

—Berta, la he mandado llamar para que me aconseje. Como usted sabe, Ralph ha perdido la cabeza detrás de esa bailarina española. Desde que ella está aquí no ha cenado una sola noche en casa y me consta que se gasta mucho dinero.

—Yo creo que podría intentarse un plan que se me ha ocurrido pensando en su hijo, señora Bayne, y que es aplicable a todas esas mujeres amigas de los solteros ricos.

—¿Qué plan es ese, Berta?

—Muy sencillo... Para que Ralph vea la diferencia que existe entre una mujer de su clase y esa bailarina, puede usted invitarla personalmente a venir aquí con motivo de una fiesta organizada con unos cuantos amigos a fin de semana.

—La idea me parece acertada, Berta. Le mandaré una carta en seguida por Daniel.

La señora Bayne redactó las siguientes líneas:

*Mi hijo me ha hablado mucho de usted, y como admiradora de su arte exquisito, me permito invitarla a pasar, con su señora madre, unos*

días con nosotros, aprovechando unas fiestas organizadas con varios buenos amigos.

—No duda que le hará usted el honor de aceptar, su amiga. s. s.

H. C. Florence Bayne.

Daniel llevó la carta al hotel de Mariposa.

Al abrir la señá Rita la puerta de la habitación, Mariposa, como decepcionada, dijo:

—Creí que era el señor Ralph.

Daniel ocultó su pesar ante la desilusión de Mariposa y le entregó la carta.

—¿Es de él, Daniel?

—No, Mariposa; es de su madre. Lea usted. Yo ya estoy enterado, sin leer.

—¡Ah! ¡Muy amable! Me invitan, es decir, nos invitan a ti y a mí, madre, a pasar unos días en su "villa". Iremos, ya lo creo que sí.

Daniel no pudo reprimir un gesto de violencia, y dijo a la señá Rita:

—No permita que vaya, ni vaya usted tampoco. Esa gente no busca otra cosa que burlarse de ustedes. Me consta.

—No le creo a usted, Daniel — protestó Mariposa—. Lo que pasa es que tiene usted celos; y yo le pregunto: ¿quién le ha autorizado a ponerte celoso?

—Yo soy amigo de usted, Mariposa, y hay

cosas que no pueden tolerarse. En este caso usted hará lo que le convenga, pero yo ya he cumplido con mi deber.

—Iré. Cónstale que iré.



—Iré. Cónstale que iré.

La señá Rita opuso ciertos reparos a presentarse en la buena sociedad, pero Mariposa no aceptó excusas de ninguna clase y acudió a la invitación.

La señá Rita estaba, con el blanco atavío que la modista le eligió para la fiesta, mucho más voluminosa que de ordinario, y, por tanto, sus

torpes maneras se evidenciaban mucho más.

Ralph, al enterarse de la invitación mandada por su madre a Mariposa, se sulfuró, sospechando el pésimo papel que iban a representar las dos mujeres en su casa; y no se equivocó, pues en la mesa, si bien Mariposa procuró mantenerse en un plano regular, su madre, prescindiendo de toda etiqueta ante un buen plato que requería muchas combinaciones de cucharitas, cuchillos y tenedores, provocó la murmuración de todos los invitados.

—¡Qué gente! — dijo uno de los huéspedes a Berta.

La infiel esposa, al ver que Mariposa había oído la queja, sonrió para sí triunfalmente.

Ralph pasaba un mal rato.

El invitado que Mariposa tenía a su lado la inquietaba con su pie y su rodilla, buscando de continuo su contacto, como proponiéndole algo que resulta, a veces nada más, enojoso proponer de palabra. Mariposa apartaba sus piernas del impertinente, y como éste continuó buscando su contacto, le pinchó sin piedad con un tenedor.

—¡Uy! — gritó el huésped.

—¿Qué tiene usted? — preguntaronle varios amigos.

—Nada... nada... Me dió un calambre...

Después de la cena, Ralph y Berta desapare-

cieron hacia el jardín. Berta quería hablar con Ralph, dispuesta a sacar partido de la mala impresión causada por Mariposa y su madre a todos, sin exceptuar a Ralph mismo.

Mariposa, viéndose desamparada sin Ralph, le buscó por el jardín. En su peregrinación encontró a uno de los invitados, un poven presumido con cara de necio.

—¿Ha visto usted al señor Bayne?

—¿Qué me dará usted si le digo dónde está?  
—Un besito?

Por toda respuesta, Mariposa, que estaba muy nerviosa, dió al osado una soberbia bofetada. ¿La creían una cualquiera?

Un poco después, Mariposa descubría a Ralph hablando misteriosamente con Berta.

—Has de agradecernos a tu madre y a mí el que hayamos querido que vieses el contraste entre tus relaciones y esa bailarina. ¿Es posible que te interese lo más mínimo esa palurda? Dime que no y que ninguna mujer te gusta más que yo.

Mariposa no quiso oír más. ¿Para qué? Presentóse enérgicamente ante Berta y Ralph, y reprimió a la infiel:

—Yo seré una palurda, si a usted así le conviene llamarla; pero usted, usted... es peor... usted es una hipócrita. ¡Una mujer casada conqui-

tando a un soltero! ¿No se avergüenza usted? ¿No piensa en su marido?

—¡Es usted una atrevida! ¿De dónde saca usted esas cosas?

—Señor Bayne, he sufrido un desengaño enorme. No debía usted haber consentido que yo viniera aquí.

La señora Bayne interrumpió la lamentación de Mariposa, sin dar tiempo a Ralph de contestar a la artista.

—Es mejor que vaya usted con su madre. La pobre la necesita.

¡Que su madre la necesitaba! ¿Qué le sucedía a su madre?

Mariposa regresó a toda prisa al salón en fiesta y vió a su madre bailando jaleada por los invitados.

Un grito de rabia desgarró el pecho de la bailarina.

—¡Oh, madre!

La señá Rita, a quien los "elegantes" de aquella reunión habían embriagado para reírse de ella, abandonóse pesadamente en los brazos de Mariposa.

Al mismo tiempo, en vista de que las risas seguían saliendo de los labios de los invitados, Otis, el marido de Berta salió en defensa de las dos mujeres.

—Señores, es cruel burlarse de esas señoras por el mero hecho de que sus costumbres son distintas de las nuestras. Les ruego que cese aquí la chanza.

Mariposa gritó también, fuera de sí:

—¡Cobardes! ¿Qué han hecho ustedes con mi madre? ¡Farsantes! ¡Qué infamia! Se ríen de nosotras porque no sabemos fingir como ustedes. ¡Hipócritas! ¿Quiénes son ustedes? Usted, un ganso. Toda la noche ha estado molestándome con la rodilla... Usted, un desvergonzado. Quiso darme un beso en el jardín... Y usted, por no aludir a nadie más, un esposo "ideal". Me estuvo piropeando a espaldas de su esposa. Total, gente rica y educada... gente sin corazón que vale menos que nosotros.

La fiereza con que Mariposa cantó las verdades a los huéspedes cortó el habla a todos ellos.

Otis ofrecía la protección de su brazo a la señá Rita, y Mariposa, mirándole con lágrimas en los ojos, le dijo, al despedirse:

—A usted, señor, le doy las gracias. Es usted la única persona decente que hay aquí.

Al ir a marcharse, Mariposa vió aparecer ante sí a Daniel.

—Lamento que no me haya hecho usted caso. Ya le advertí que esa gente era mala. Venga, la llevaré a su casa en el *auto*.

A fin de que no hicieran, ni ella ni su madre, nunca más el ridículo en reuniones distinguidas, Mariposa compró un manual con todas las reglas de la etiqueta, y aleccionó a la señá Rita, sobre todo en la mesa.

Una llamada a la puerta interrumpió la primera lección.

—Adelante.

Era Daniel.

—Creí que era el señor Bayne — dijo Mariposa.

—Soy yo... su buen amigo Daniel, Mariposa... Mucho me aflige no ser el propio señor Bayne para darle una alegría... Le traigo de su parte esta carta.

Apresuradamente, Mariposa rasgó el sobre y leyó el escrito.

*Encantadora Mariposa*

*No puede usted figurarse cuánto lamento lo ocurrido ayer noche. Cuando nos volvamos a ver le daré toda clase de explicaciones y se convencerá de lo mucho que la distingue su más rendido admirador. Ralph.*

—¡Ah! Ya sabía yo que el señor Bayne no tenía la menor culpa en lo de anoche. Ralph es bueno. Ralph me quiere, pero los demás no quieren que me quiera.

Daniel no podía ya dudar de que Mariposa prefería a Ralph a sí mismo, y colérico, viendo que era inútil convencer a la bailarina, dijo a la señá Rita:

—El señor Bayne no tiene ni remotamente la más ligera buena intención respecto a su hija. Mariposa cree que él piensa casarse con ella, y es falso... Si Ralph le hace el menor daño, tendrá que entendérselas conmigo.

—Resulta usted insoportable con sus celos. Conténtese con mi buena amistad, que ésta no se la he rehusado nunca.

Algunos días después, en el camarín de Mariposa, hallábase Daniel platicando con la señá Rita. Ralph no le había necesitado aquella noche y empleaba su libertad visitando a la artista y a su simpática madre en el teatro.

Al terminar la función, Ralph, desde su *garconnière*, llamó por teléfono a Mariposa. Esta contestó desde su camarín.

—Estoy en la ciudad estos días, en el estudio de que la hablé.

—¡Cuánto me alegra oírle, señor Bayne! Daniel tembló de coraje.

—Por favor, venga a verme. Aunque sólo sea por un minuto. Hablaremos sin testigos. Tengo algo muy importante que decirle.

—No puede ser... No puede ser...

—Un minuto nada más, Mariposa...

—Bien, no me niego... pero sólo por un minuto.

—La espero ansiosamente.

Al colgar el aparato, Mariposa sintióse cogida por los brazos por Daniel.

—No debe usted ir. No debo decirle nada más.

—¿Por qué? ¿Porque tiene usted celos?

—Porque ese hombre no es bueno.

—No le creo.

—Pero ¿está usted ciega, Mariposa? ¿No comprende que Ralph está jugando miserablemente con usted?

—Déjeme en paz.

—No irá usted.

—¿Quién me lo impedirá?

—¡Yo!

—¿Usted? ¡Pues voy! ¡Y en seguida! Madre, Daniel te acompañará a casa.

Mientras Mariposa se dirigía al "estudio" de Ralph, Berta, desde su habitación íntima, telefoneaba a su querido amigo.

—Ralph, soy Berta. Quisiera ir a hablarte un momento. Espérame.

—Lo siento, Berta, pero me marcho ahora mismo a Newport por un par de días.

Otis entraba en aquellos instantes en la habitación de su esposa, y sorprendiéndola hablando,

detúvose en la puerta, para no interrumpirla.

Ralph, colgando bruscamente el aparato, cortó la comunicación, y Berta, enojada por no



—Pero ¡está usted ciega, Mariposa?

poder comunicar de nuevo, protestaba airadamente contra el centro.

—Señorita... ¿Por qué han cortado la comunicación? Hablaba con el 3300. Deme otra vez este número.

Otis presentóse en tal momento a Berta, y ésta cesó de protestar como por ensalmo.

Antes de que su esposo le preguntase a quién telefoneaba, Berta le dijo:

—No te sabrá mal que vaya a ver a mamá, ¿verdad? La pobre no se encuentra bien desde hace unos días.

—Salúdala de mi parte... y no tardes.

Pero apenas Berta hubo salido, Otis, no pudiendo resistir la tentación de una sospecha, telefóneó al centro, pidiendo comunicación con el servicio de informaciones.

—Hagan el favor de darme la dirección del abonado 3300.

Un poco después Otis obtenía la dirección de ese número de teléfono, y vió con el consiguiente estupor que correspondía a la *garçonne* de Ralph. ¡Berta había ido, pues, allí!

Mariposa había llegado ya al "estudio".

—Bienvenida sea usted, mi linda amiga.

—Muchas gracias, señor Bayne. ¿Este es el sitio donde viene usted a estudiar? Dónde están los libros?

—No son indispensables... para mis estudios. Sin embargo, aquí hay unos cuantos.

—Es verdad. Pero no pesan... ¡Ah! Libros, ¿eh?

—Libros huecos. Una cajita original para ocultar, como una joya, una botella de licor. ¿Quiere usted una copita?

—¿Por qué no?

Ralph llenó dos copitas y ofreció una de ellas a Mariposa, que lejos de apurarla la vació sobre unas flores artificiales.

Luego Ralph habló un poco más claro...

—Mariposa, aquí tengo el símbolo de este retiro. Estas tres figuras significan, respectivamente, la sordera, la ceguera y la mudez...

—¡Ah, ya!... Esto es un lugar muy discreto... Comprendo... Comprendo...

—Mariposa, voy a ser sincero. Yo la quiero a usted con toda mi alma, pero por ahora no puedo romper con mi familia...

—Entonces usted no me quiere. Cuando se quiere de verdad no se tiene en cuenta familia, posición ni nada.

Llamaron a la puerta.

—¿Esperaba usted a... alguien?

—No. A nadie. ¿Quiere usted ocultarse detrás de ese biombo?

Ralph abrió la puerta y apareció Berta.

—¡Hola! ¿No me dijiste que te marchabas? Al parecer, has cambiado de opinión.

—No. Voy a partir ahora mismo.

Al ver dos copitas encima de una mesa, Berta sospechó que Ralph estaba con alguna mujer.

—No mientes, amor mío. Dime que no querías que me molestase viéndome a verte. Pero yo deseaba tanto estar contigo... para soñar juntos...

Mariposa salió sin vacilar de su escondite.  
—Perdonen que les interrumpa. Yo me voy.  
Ya he visto bastante.

—¡Ah! ¿La señorita estaba aquí?  
Casualmente, Berta habíase acercado a la ventana de la *garçonne* y vió a Otis apeándose de un coche de alquiler.

—¡Mi marido!  
—¿Dónde? — preguntó, palideciendo, Ralph.  
—Abajo. ¡Y sube! ¡Ha seguido mis pasos!  
¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Estoy perdida!

Los momentos eran de angustia suprema.  
Mariposa analizó la situación y no titubeó, energica como en todos sus actos, en salvar a Berta, más por Otis que por ella misma.

—Su marido se portó bien conmigo y sentiría mucho que tuviera el disgusto de encontrar a usted aquí... Y también sería una lástima que sufriese merma su *buen* nombre. Escóndase. Yo me quedo aquí, tendida en esta *chaise-longue* como si estuviera en mi casa.

Ralph no dijo nada. Mariposa estaba allí, realmente, como en su casa.

Otis llamó a la puerta de la *garçonne*. Reaccionando, Ralph fué a abrir.

—¿Ha visto usted a mi esposa?  
—No. ¿Por qué? ¿La mandó usted aquí...?  
—¿No le habló por teléfono?

—Sí. No hace mucho. Quería saber si estaría yo en casa la semana que viene. Sin duda tiene la intención de dar una fiesta.

Otis entró en el estudio. Al ver a Mariposa se detuvo y la saludó galantemente, despidiéndose al momento de ella; y dijo a Ralph, en la puerta:

—Me trajo aquí una duda atroz, lo confieso, amigo Ralph, y le debo a usted una satisfacción... Pero deseo que Berta no sepa nunca que he llegado a sospechar de ella. ¿Me lo promete usted?

—Se lo prometo.

Mientras se despedían los dos amigos, Berta, ayudada por Mariposa, huía por otra puerta, a fin de salir a la calle antes que su marido y llegar también antes a casa de su madre, por si a él se le ocurría ir a recogerla allí.

Daniel estaba acechando el momento de entrar en la *garçonne*, pues vió entrar en ella a Berta y luego a su marido; y cuando lo logró, después de salir la infiel salvada por la abnegada Mariposa, presentóse ante ésta.

—¿Por qué no me escuchó usted, Mariposa? Ya le dije que no viniera usted aquí. Acaba de comprometerse por una mujer que no lo merecía.

Ralph reapareció.

—¿Qué hace usted aquí, Daniel?

—Vine para salvar a Mariposa y para hablar con usted. Y haré ambas cosas.

—Retírese inmediatamente.

—¡No me marcharé! Quiero una contestación categórica. ¿Va usted a casarse con ella?

—No lo he pensado todavía — contestó irónico.

Daniel le amenazó con un revólver.

—Pues piénselo inmediatamente.

—Bien... Teniendo en cuenta las circunstancias... sí.

Mariposa se interpuso entre los dos rivales.

—Haga el favor de no ocuparse de lo que no le importa — dijo a Daniel.

—Perdón, Mariposa. Si le quiere usted hasta tal extremo, no volveré a molestarla.

Daniel se encaminaba cabizbajo hacia la puerta.

—¡Daniel! — gritó Mariposa.

El se detuvo, esperanzado.

Mariposa dirigióse a Ralph, que no volvía de su asombro ante lo que allí estaba pasando aquella noche.

—Pensar que he insultado a un hombre decente por usted. No es usted ni digno de limpiarle las botas.

A continuación enfrentóse con Daniel.

—La próxima vez que usted quiera casar-

me, Daniel, recuerde que me gusta elegir el marido.

Quitándole el revólver, se lo apuntó a Daniel en el pecho.

—¿Va usted a casarse conmigo? — le preguntó amenazándole, como él hiciera con Ralph.

—No tengo miedo. No está cargado.

—¡No está cargado! ¿Qué tal le parece a usted la broma, señor Bayne?

Ralph estaba atontado.

En cambio, Daniel no podía creer en tanta dicha; y para que se convenciera de que era a él solo a quien ella quería, Mariposa le dijo, echándole los brazos al cuello:

—¡Bésame, Daniel!... ¡Más! ¡Más!

Y Ralph hubo de cerrar los ojos.

FIN

LEA USTED  
LA VIUDA ALEGRE

Mae Murray - John Gilbert

**PRÓXIMO NÚMERO**

La conmovedora película

**MATERNIDAD**

Por la genial artista

**HENNY PORTEN**

---

¿De qué sacrificio no es capaz una madre por su hijo?

---

64 páginas - Numerosas fotos - Portada a bicolor

Precio popular **50 cts.**

**¡Siempre las mejores películas!**

(52)

